



ACTO CUARTO

La escena representa una plaza pública. En el fondo, sobre un tabladillo, á cuyo pie están todas las piezas de la máquina, está un ugiere. Gente al rededor del tabladillo. A la izquierda, un grupo compuesto de COPPOLUS, CARPAÑO, el MESONERO del *Sol de Oro*, ESTEBAN, GIRONA, MATEO MAGIS, D. RAMON y LOTHUNDIAZ. A la derecha, FONTANARES, MONIPODIO y QUINOLA, envuelto en su capa, detrás de MONIPODIO.

ESCENA PRIMERA

FONTANARES, MONIPODIO, QUINOLA, COPPOLUS, el MESONERO, ESTEBAN, GIRONA, MATEO MAGIS, D. RAMON, LOTHUNDIAZ, EL UGIER, dos grupos de pueblo.

EL UGIER.—Señores, un poco más de animación. Se trata de una caldera en donde se podría hacer un rancho para todo el regimiento de guardias valonas.

MESONERO.—Cuatro maravedises.

UGIER.—¿Nadie dice una palabra? * Aproximamos, vedla, examinadla bien.

MAGIS.—Seis maravedises.

QUINOLA.—(A Fontanares) No harán cien escudos de oro.

FONTANARES.—Sepamos tener resignación.

QUINOLA.—Me parece que la resignación es una cuarta verdad teologal, omitida por consideración á las mujeres.

MONIPODIO.—Cállate; la justicia te busca, y ya estarías entre sus garras si no pasaras por uno de los míos.

UGIER.—¡El último lote, señores! ¡Como! ¿Nadie dice una palabra? Adjudicado por diez escudos de oro y diez maravedises al señor Mateo Magis.

LOTHUNDIAZ.—(A don Ramón) ¡Así debía acabar el sublime invento de nuestro grande hombre! Razón tenía ¡pardiez! de ofrecer nos un espectáculo admirable.

COPPOLUS.—Vos si que podéis reiros, porque no os debe ni un maravedí.

ESTEBAN.—Nosotros, los infelices, somos los que pagamos sus locuras.

LOTHUNDIAZ.—¿Conque ni un maravedí, maestro Coppulos? ¿Pues y los diamantes de mi hija perdidos en toda esa mecánica?

MAGIS.—Los han cogido en mi casa

LOTHUNDIAZ.—¿No están ya en manos de la justicia? Mil veces preferiria ver en la cárcel á ese Quínola ladrón de tesoros.

QUINOLA.—Oh! juventud mía, qué lecciones recibes! Mis antecedentes me han perdido.

LOTHUNDIAZ.—Pero, si lo atrapan, ya está fresco. Iré á ver como da la bendición con los pies.

FONTANARES.—Nuestra desgracia hace ingenioso á ese burgués.

QUINOLA.—Feroz, debéis decir.

RAMON.—Yo siento de veras semejante desastre. Ese joven artesano empezaba á seguir

mis consejos y teníamos la seguridad de cumplir lo prometido al rey. Pero, puede dormir tranquilo. Iré á pedir su perdón á la corte, y allí haré ver que me hace mucha falta.

COPPOLUS.—¡Generosidad poco común entre sabios!

LOTHUNDIAZ.—¡Sois la honra de Cataluña!

FONTANARES.— (*Adelantándose*) He soportado tranquilamente el suplicio de ver vender á vil precio la obra que debía darme la gloria .. (*Murmullos en el pueblo*) Pero esto no se puede sufrir. Caballero don Ramón, si hubieseis, no conocido, sino sospechado tan sólo el destino de todas estas piezas, ahora desparramadas por todas partes, las hubierais comprado con toda vuestra fortuna.

RAMON.—Respeto vuestra desgracia, joven. Pero, seguro estabais de que vuestra máquina no podía funcionar aún y de que sin mi experiencia estabais perdido.

FONTANARES.—Lo más terrible de la miseria es ser impotente contra la calumnia y contra el triunfo de los necios.

LOTHUNDIAZ.—¿No te avergüenzas de insultar á un sabio, honra de nuestro país, viéndote como te ves? ¡Bonitos estaríamos si te hubiera dado mi hija! Nos hubieras reducido á la miseria en un santiamén, pues ya te has comido diez mil zequies sin el más mínimo resultado. ¡Vaya! ¡Qué pequeñito es hoy el futuro grande de España!

FONTANARES.—Me dáis lástima.

LOTHUNDIAZ.—Es muy posible. Pero no te envidio; tu cabeza está á merced del tribunal.

RAMON.—Dejadle, ¿no veis que está loco?

FONTANARES.—No tanto que me hagan creer que O más O sea un binomio.

ESCENA II

Dichos, don FREGOSO, FAUSTINA, AVALOROS, SARPI.

SARPI.—Llegamos demasiado tarde. La venta ha terminado.

FREGOSO.—Mucho sentirá el rey haber creído á un charlatán.

FONTANARES.—¡Un charlatán! Dentro de pocos días podéis cortarme la cabeza. Matadme, pero no me calumniéis. Demasiado alto estáis para que necesitéis bajaros tanto.

FREGOSO.—Vuestra audacia iguala vuestra desventura. ¿Olvidáis que los magistrados de Barcelona os consideran cómplice del robo hecho á Lothundiaz? La fuga de vuestro criado prueba el delito, y si estáis en libertad, se lo debéis únicamente á las súplicas de esta señora. (*Señala á Faustina.*)

FONTANARES.—Excelencia, en otro tiempo pudo mi criado cometer algunas faltas; pero desde que unió su suerte á la mía, ha purificado su vida en el crisol de mis desgracias. Os juro que es inocente. Las piedras cogidas en el momento de venderlas á Mateo Magis, las recibió de manos de María Lothundiaz, porque yo no las quise aceptar.

FAUSTINA.—¡Qué altivo en su desgracia! ¡Nada le doblega!

SARPI.—¿Y cómo explicáis la resurrección de vuestro abuelo, el falso intendente del arsenal de Venecia? Por desgracia, la señora y yo conocemos muy bien al verdadero.

FONTANARES.—Hice que se disfrazara mi criado para que hablara de ciencias y matemáticas con don Ramón. Ya os dirá el señor Lot-

hundiaz lo bien que se entendieron el sabio de Cataluña y Quinola.

MONIPODIO.—(A Quinola) ¡Está perdido!

RAMON.—Apelo . á mi pluma.

FAUSTINA.—No os incomodéis, don Ramón.

¡Es tan natural que los que se hundan quieran hundirlos á todos con ellos.

LOTHUNDIAZ.—¡Qué carácter tan detestable!

FONTANARES.—Antes de morir, señora, hay que decir la verdad á los que nos precipitaron en el abismo. (A don Fregoso). Monseñor, el rey me prometió que sus súbditos de Barcelona me protegerían, y sólo he encontrado aquí odio. Oh! ricos y grandes de la tierra, todos los que disponéis de algún poder. ¿por qué os oponéis al pensamiento nuevo? ¿Será acaso una ley divina que primero debais escarnecer y maldecir lo que más tarde habéis de adorar? Si hubiera sido tonto, humilde y adulador, mi triunfo era seguro. Habéis perseguido en mi persona cuanto hay de más sagrado en el hombre: la conciencia de su poder, la magestad del trabajo, la inspiración divina que da fuerzas para emprender la obra. y... el amor, fe humana que levanta el ánimo cuando va a extinguirse, al soplo helado de las burlas. Ah! si hacéis muy mal el bien, en cambio, sabéis siempre hacer muy bien el mal. Basta. No sois dignos de mi cólera.

FAUSTINA.—(Aparte, después de haber dado un paso) Oh! Iba á decirle que le adoro!

FREGOSO.—Sarpi, que se acerquen los alguaciles y se apoderen del cómplice de Quinola. (Aplausos, algunas voces gritan: ¡bravo!)

ESCENA III

Dichos, MARIA, LOTHUNDIAZ.

(En el momento en que los alguaciles se apoderan de Fontanares, aparece María con hábito de novicia, acompañada de un monje y de dos hermanas).

MARIA.—(Al virey.) Monseñor, acabo de saber que por querer salvar á Fontanares, yo misma lo he perdido; pero aquí estoy para que luzca la verdad. Con mis propias manos entregué á Quinola mis ahorros y mis joyas (Impresión de Lothundiaz.) Mas eran, padre mío; y quiera Dios que no tengais que arrepentiros de vuestra ceguera.

QUINOLA.—(Desembozándose.) Oh! ¡respiro!

FONTANARES.—(Doblando la rodilla ante María.)

¡Gracias, amor purísimo, cielo que aun guardas para mí, esperanza y fé! Has salvado mi honor.

MARIA.—También es el mío. La gloria vendrá después.

FONTANARES.—Ay! mi obra está en poder de cien manos distintas, y no la devolverán sino á cambio del oro que ha costado. Ni duplicando mi deuda llegaría á tiempo. Todo se acabó.

FAUSTINA.—(A María.) Sacrificaos y se salvará.

MARIA.—¡Padre mío, y vos, conde de Sarpi! (Aparte) ¡Me costará la vida! (Alto.) ¿Consentís en dar cuanto se necesite para el éxito de la empresa? Sólo á este precio os obedeceré, padre mío. (A Faustina.) Me sacrifico, señora

FAUSTINA.—¡Sublime, ángel mío! (Aparte,) ¡Al fin me veo libre de ella!

FONTANARES.— ¡Un momento, María! Prefiero la lucha y sus peligros, prefiero la muerte á perderos de ese modo.

MARIA.— ¿Me amas más que la gloria? (*Al virey.*) Monseñor, haced que devuelvan á Quínola mis joyas. Vuelvo feliz al convento. ¡O suya ó de Dios!

LOTHUNDIAZ.— ¿Será un hechicero?

QUÍNOLA.— Esta joven me reconciliaría con las mujeres.

FAUSTINA.— (*A Sarpi, al virey y á Avaloros.*) ¿No lograremos domarlo?

AVALOROS.— Lo probaré.

SARPI.— (*A Faustina.*) Aun no está todo perdido. (*A Lothundiaz.*) Conducid á María á vuestra casa. Pronto os obedecerá.

LOTHUNDIAZ.— ¡Así lo quiera Dios! Ven, hija mía. (*Lothundiaz, María y los que le acompañan, don Ramón y Sarpi salen.*)

ESCENA IV

FAUSTINA, D. FREGOSO, AVALOROS, FONTANARES, QUÍNOLA, MONIPODIO.

AVALOROS.— Ya os conozco bien, joven. Tenéis un carácter de hierro, y el hierro es más potente que el oro. Asociémonos lealmente. Pagaré vuestras deudas, volveré á comprar todo cuanto se ha vendido, os daré á vos y á Quínola cinco mil escudos de oro, y por mí, el virey olvidará vuestra descortesía.

FONTANARES.— Si en mi dolor os he faltado al respeto, ruego que me perdonéis.

FREGOSO.— Basta, caballero, no se ofende á don Fregoso.

FAUSTINA.— Muy bien, monseñor.

AVALOROS.— Bueno, joven; después de la tempestad la bonanza. Ahora todo os sonríe.

Vamos, realicemos juntos las promesas que hicisteis al rey.

FONTANARES.— Si ambiciono la fortuna no es más que para ser digno de María.

FREGOSO.— ¿Conque á ella sola amáis en el mundo?

FONTANARES.— ¡A ella sola! (*Faustina y Avaloros hablan.*)

FREGOSO.— Nunca me habíais dicho eso. Contad conmigo en todo.

MONIPODIO.— Hacen las paces. ¡Estoy perdido! Me largo á Francia con el invento.

ESCENA V

QUÍNOLA, FONTANARES, FAUSTINA y AVALOROS.

FAUSTINA.— (*A Fontanares.*) Tampoco yo guardo rencor. Os ruego que asistáis á la fiesta que doy en casa. Todos nos uniremos para que triunféis.

FONTANARES.— Señora, vuestro primer favor ocultaba un lazo.

FAUSTINA.— Como todos los soñadores sublimes que entregan á la humanidad sus descubrimientos, no conocéis ni el mundo ni á las mujeres.

FONTANARES.— (*Aparte.*) Sólo me quedan ocho días. (*A Quínola.*) Voy á servirme de ella.

QUÍNOLA.— ¡Como os servís de mí!

FONTANARES.— Iré, señora.

FAUSTINA.— Debo dar las gracias á Quínola (*Le entrega una bolsa.*) Toma. (*A Fontanares.*) Hasta después.

ESCENA VI

FONTANARES, QUÍNOLA.

FONTANARES.— Esta mujer es pérfida como el sol de invierno. ¡Oh! aborrezco la desgra-

cia, porque despierta la desconfianza. ¿De modo, que hay virtudes que perjudican?

QUÍNOLA.—Cómo es eso, señor! ¿desconfiar de una mujer que engarza sus menores palabras en oro legítimo! Os ama; eso lo explica todo. ¿Tan pequeño es vuestro corazón que no puede tener dos amores?

FONTANARES.—¡Bah! María es la esperanza; conforta mi alma. Triunfaré.

QUÍNOLA.—(Aparte,) Monipodio no está aquí. (Alto.) No es muy difícil hacer las paces con una mujer que lo desea tanto como la Brancador.

FONTANARES.—¡Quínola!

QUÍNOLA.—Me desesperáis, señor. ¿Os parece imposible combatir la perfidia de un amor astuto con la lealtad de un amor ciego? Necesito el crédito de la Brancador para des- embarazarme de Monipodio, cuyas intenciones me dan mucho que pensar. Conseguido esto, os respondo del éxito, y después os casaréis con María.

FONTANARES.—¿Por qué medios?

QUÍNOLA.—Subiéndose sobre un hombre que ve tan lejos como vos, se ve mucho más lejos todavía. Vos sois inventor, yo tengo inventiva. Me salvasteis de... ya sabéis. Yo os salvaré de las garras de la envidia y de las uñas de la avaricia. Cada uno á su oficio. Aquí hay oro. Vestíos, engalanaos, estad orgulloso; es la víspera del triunfo. Pero, sed amable con la Brancador.

FONTANARES.—Dime al menos de qué manera.

QUÍNOLA.—Eso no. Si supieseis lo que tramo, todo lo echariais á perder. Tenéis demasiado talento para no ser cándido como un niño. (Salen.)

Salones de la Brancador.

ESCENA VII

FAUSTINA, sola.

FONTANARES.—¡Ha llegado, al fin, la hora soñada desde hace catorce meses! Dentro de algunos instantes, Fontanares habrá perdido para siempre á María. Entre Avaloros, Sarpi y yo hemos adormecido al genio, y el hombre se encuentra la víspera de su experimento con las manos vacías. ¡Oh! ahora ya es mío como yo lo deseaba. Pero, ¿será fácil pasar del desprecio al amor? No, jamás. Ignora que soy su enemiga desde hace un año, y eso es lo triste, porque me aborrecerá cuando lo sepa. El odio no es lo contrario del amor, no es más que el anverso. Todo lo sabrá. Que me odie.

ESCENA VIII

FAUSTINA, PAQUITA.

PAQUITA.—Señora, Monipodio ha cumplido en todo vuestras órdenes. La señorita Lothundiaz sabe en este momento por su dueña el peligro que corre esta noche el señor Fontanares.

FAUSTINA.—Sarpi debe de haber llegado ya. Dile que tengo que hablarle. (Sale Paquita.)

ESCENA IX

FAUSTINA, sola.

FAUSTINA.—Descartemos á Monipodio. Quínola teme que no haya recibido orden de

deshacerse de Fontanares. Bastante es ya tener que temerle.

ESCENA X

FAUSTINA, DON FREGOSO.

FAUSTINA.— Llegáis oportunamente. Quiero pedir os un favor.

FREGOSO.— Decid más bien que queráis hacerme uno.

FAUSTINA.— Dentro de dos horas no debe estar Monipodio ni en Barcelona ni en Cataluña. Enviadlo á Africa.

FREGOSO.— ¿Pero, qué os ha hecho?

FAUSTINA.— Nada.

FREGOSO.— ¿Pues entonces...?

FAUSTINA.— Pues porque... ¿comprendéis?

FREGOSO.— Seréis obedecida. (*Escribe.*)

ESCENA XI

Dichos, SARPI.

FAUSTINA.— ¿Tenéis ya, primo, todo arreglado para casaros en seguida con María?

SARPI.— Gracias al buen hombre, el contrato está hecho.

FAUSTINA.— Pues bien, avisad al convento de los Dominicos. A las doce de la noche os casaréis, y con su consentimiento, con la rica heredera. Todo lo aceptará cuando vea (*Bajo á Sarpi.*) á Fontanares en manos de la justicia.

SARPI.— Comprendo. Se trata sólo de prenderle. Mi fortuna no tiene ya nada que temer. Y... os la debo. (*Aparte.*) ¡Terrible es el odio de una mujer!

FREGOSO.— Sarpi, que se ejecute con toda se-

veridad esta orden, y al momento. (*Sarpi sale.*)

ESCENA XII

Dichos, menos SARPI.

FREGOSO.— Bien, ¿y nuestro matrimonio?

FAUSTINA.— Señor, mi porvenir depende de esta fiesta. Esta noche conoceréis mi resolución. (*Aparte al ver á Fontanares.*) ¡Oh! aquí está! (*A Fregoso.*) Si me amáis, dejadme.

FREGOSO.— ¡Sola con él!

FAUSTINA.— Lo quiero.

FREGOSO.— Después de todo no ama á nadie más que á su María.

ESCENA XIII

FAUSTINA, FONTANARES.

FONTANARES.— El palacio del rey de España no es más espléndido que el vuestro, señora, y os conducís en él como una reina.

FAUSTINA.— Escuchad, querido Fontanares.

FONTANARES.— ¿Querido? ¡Ah! señora, me habéis enseñado á dudar de semejantes palabras.

FAUSTINA.— Vais á conocer á la que con tanta crueldad insultásteis. Una desgracia terrible os amenaza. Si Sarpi os ha perseguido con tanta saña, lo ha hecho cumpliendo las órdenes de un poder terrible, y sin mí, esta fiesta podría convertirse en el beso de Júdas. Acaban de confiarme que cuando salgáis, y tal vez aquí mismo, os prenderán; seréis conducido á la cárcel, y empezará vuestro proceso... para no concluir nunca. ¿Podrías en la sola noche que os

queda rehacer el buque que habéis perdido? Cuanto á vuestra obra, es imposible empezarla de nuevo. Pues bien, yo os salvaré, salvaré vuestra gloria y vuestra fortuna.

FONTANARES.—¡Vos! ¿Y cómo?

FAUSTINA.—Avaloros ha puesto á mi disposición uno de sus buques. Monipodio me proporciona sus mejores contrabandistas. Vamos á Venecia; la república os hará patricio, y os dará diez veces más oro que el que os ha prometido España... (*Aparte.*) ¡Y no vienen!

FONTANARES.—¿Y María? Si la libertamos, creeré en vos.

FAUSTINA.—¡Pensáis en ella cuando es preciso elegir entre la vida y la muerte! Si tardáis, estaremos perdidos.

FONTANARES.—¡Nosotros, señora!

ESCENA XIV

Dichos, guardias que aparecen en todas las puertas, un alcalde, SARPI.

SARPI.—¡Cumplid vuestro deber!

ALCALDE.—(*A Fontanares.*) ¡En nombre del rey, daos preso!

FONTANARES.—¡Ha llegado la hora de morir! Felizmente, el secreto irá conmigo, y mi sudario será mi amor.

ESCENA XV

Dichos, MARÍA, LOTHUNDIAZ.

MARÍA.—No me han engañado; estáis en las garras de vuestros enemigos. ¿Conque es preciso morir por tí, Alfonso mío? ¡Y de

qué muerte! Amigo, el cielo no consiente amores tan perfectos. Por medio de estos terribles azares nos advierte que la dicha está sólo junto á Dios. Tú...

SARPI.—¡Señora!

LOTHUNDIAZ.—¡Hija mía!

MARÍA.—Me habéis dejado libre en este instante. el último de mi vida. Cumpliré mi promesa; cumplid vosotros la vuestra. Y tú, inventor sublime, gozarás de tu grandeza, de los anhelos de tu ambición, ahora legítima, mientras que la condesa de Sarpi morirá lenta y oscuramente entre las cuatro paredes de su casa. Padre mío, y vos, conde, no necesito decir que en premio de mi obediencia, el virey de Cataluña ha de conceder á Fontanares un nuevo plazo de un año para terminar sus experiencias.

FONTANARES.—¡Cómo! ¿Vivir sin tí, María?

MARÍA.—¡Vivir con tu verdugo!

FONTANARES.—Adiós, voy á morir.

MARÍA.—¿No hiciste una solemne promesa al rey de España, al mundo entero? (*Bajo.*) Triunfa, después moriremos juntos.

FONTANARES.—No seas suya; acepto.

MARÍA.—Padre mío, cumplid vuestra promesa.

FAUSTINA.—¡He triunfado al fin!

LOTHUNDIAZ.—(*Bajo*) ¡Miserable seductor! (*Alto,*) Aquí están diez mil zequies (*Bajo*) ¡Infame! (*Alto*) ¡Un año de la renta de mi hija! (*Bajo*) Así te lleve el demonio (*Alto.*) Diez mil zequies que por esta letra os pagará el señor Avaloros.

FONTANARES.—Pero, ¿acepta este arreglo el virey de Cataluña?

SARPI.—Acusásteis públicamente al virey de oponerse á las órdenes del rey de España; pues bien, he aquí como responde á vues-

tras censuras: (*Saca un papel*) una orden por la cual, en interés del Estado, suspende las demandas de vuestros acreedores, y os concede un año más para realizar vuestra empresa.

FONTANARES.—Estoy pronto á cumplir mi palabra.

LOTHUNDIAZ.—¡Aun persiste! Vamos, hija mía; nos esperan en los dominicos. Monseñor nos honra con su presencia.

MARIA.—¿Tan pronto?

FAUSTINA.—(*A Paquita*) Corre, y vuelve cuando ya estén casados.

ESCENA XVI

FAUSTINA, FONTANARES

FAUSTINA.—(*Aparte*) Ahí está en pie, como un hombre ante un precipicio, perseguido por las fieras. (*Alto*) ¿Por qué no sois tan grande como vuestro pensamiento? ¿Acaso no hay más que una mujer en este mundo?

FONTANARES.—¿Créis, señora, que un hombre pueda arrancar de su corazón un amor como el mio, como se saca una espada de la vaina?

FAUSTINA.—Concibo que una mujer os ame y os sirva. Pero, para vos, amar es abdicar. Renunciáis á todo cuanto los grandes hombres han deseado: la gloria, los honores, la fortuna, y más que esto..., una soberanía que no está á merced de las conmociones populares, la del genio. Tenéis delante de vos el mundo de los Césares, de los Lúculos y de los Luteros! ¡Y queréis renunciar á una existencia tan magnífica por un amor de estudiante de Alcalá! Nacisteis gigante y os convertís en enano por un ca-

pricho. Un hombre de genio encuentra siempre, entre todas las mujeres del mundo, una creada sólo para él. Esta mujer debe ser una reina á los ojos de todos, y para él una esclava; blanda como los azares de su vida, risueña en las pesadumbres, previsora, tanto en las desgracias como en la prosperidad; sobre todo, indulgente con sus caprichos, conocedora del mundo y de sus peligrosos tormentos; capaz, enfin, de no sentarse en el carro triunfal sinó después de haberlo arrastrado ella misma...

FONTANARES.—Habéis hecho su retrato.

FAUSTINA.—¿De quien?

FONTANARES.—De María.

FAUSTINA.—¿Te ha sabido defender esa niña? ¿Ha presentado á su rival? ¿Será digna de ti la que no ha sabido ampararte? ¡Una muchacha que se ha dejado conducir como una oveja al altar ante el cual se entrega en estos momentos...! ¡Yo, ya habría muerto á tus pies! ¿Y á quien se entrega? A tu más cruel enemigo, á quien ha recibido la orden de malograr tu empresa.

FONTANARES.—¿Como no ser fiel á ese inagotable amor que, por tres veces, me ha salvado, y que no quedándole ya más que apurar ella misma el caliz de la amargura, se inmola con una mano, entregándome con la otra (*Enseña la letra*) el honor, la estimación del rey, la admiración del universo? (*Entra Paquita, y sale después de haber hecho una seña á Faustina*).

FAUSTINA.—(*Aparte*) ¡Ya es condesa de Sarpil! (*A Fontanares*) Al fin tengo en mis manos tu vida, tu gloria, tu fortuna, tu honor, y María no está entre nosotros.

FONTANARES.—¡Nosotros! ¡Nosotros!

FAUSTINA.—No me desmientas Alfonso. Todo en ti lo he conquistado. No me rehuses el corazón. Jamás tendrás amor más dispuesto al sacrificio, más sumiso é inteligente. Al fin, serás el grande hombre que debes ser.

FONTANARES.—Me espanta vuestra audacia. (*Enseña la letra*) Con esta suma sigo siendo el único arbitro de mi destino. Cuando vea el rey mi obra y sus resultados, anulará ese casamiento verificado por la violencia. Amo con delirio á María y no pierdo la esperanza.

FAUSTINA.—Si os amo con tanta locura, tal vez sea por esa deliciosa sencillez que es el signo del genio...

FONTANARES.—Me hiela cuando sonrie.

FAUSTINA.—¿Estás seguro de poseer ese oro?

FONTANARES.—Aquí lo tengo.

FAUSTINA.—¿Y os lo habría yo dejado dar, sin tomar mis precauciones? Mañana, todos vuestros acreedores os disputarán ese oro. ¿Y qué podréis hacer sin dinero? Otra vez á luchar. Tu máquina, pobre niño, no está en poder de muchos: es mía toda. La tiene Mateo Magis, que está en mi palacio y es mi esclavo. Yo soy la única que no te robará ni la gloria ni la fortuna, porque sería como robarme á mí misma.

FONTANARES.—¡Cómo! ¿Eres tú, maldita veneciana?

FAUSTINA.—Sí; desde el día que me insultaste aquí, todo es obra mía. Por mí te han perseguido Magis y Sarpi, tus acreedores, el mesonero del *Sol de Oro*, y los obreros. ¡Pero, tú no sabes cuánto amor hay en ese odio mio! Mientras dormías no pudieron, ay! despertarte mis lágrimas, perlas de

arrepentimiento caídas de mis ojos al contemplarte, oh! tú, mi mártir adorado!

FONTANARES.—No, tú no eres una mujer.

FAUSTINA.—Ah! hay algo más que una mujer en una mujer que ama de este modo.

FONTANARES.—...Y como no eres una mujer, puedo matarte.

FAUSTINA.—Con tal que sea por tu propia mano, venga la muerte. (*Aparte*) Me odia!

FONTANARES.—Busco...

FAUSTINA.—¿Es algo que puedo yo encontrar?

FONTANARES.—...Un suplicio tan cruel como tu crimen.

FAUSTINA.—¿Es que hay suplicios para una mujer que ama? Probadme.

FONTANARES.—¿Es cierto que me amas, Faustina? ¿Soy tu vida? ¿Son tuyos mis dolores?

FAUSTINA.—Un dolor tuyo es para mí más que mil dolores juntos

FONTANARES.—Si muero, tú morirás también; y aunque tu vida no valga el amor que acabo de perder, mi suerte está echada.

FAUSTINA.—¡Ah!

FONTANARES.—Esperaré con los brazos cruzados el día de mi prisión. Entonces seremos libres al fin: el alma de mi María y mi alma volarán juntas al cielo.

FAUSTINA.—(*Se arroja á los pies de Fontanares*) Estaré á tus pies hasta que me hayas prometido...

FONTANARES.—Ea, déjame, infame cortesana. (*La rechaza*).

FAUSTINA.—Lo dijisteis en la plaza pública: los hombres insultan lo que más tarde deben adorar.

ESCENA XVII

Dichos, D. FREGOSO.

FREGOSO.—¡Miserable artesano, si no te atraveso el corazón con mi espada es porque quiero que pagues más caro el insulto que acabas de hacer!

FAUSTINA.—¡Don Fregoso! Amo á este hombre. Que me acepte como esclava ó como esposa. siempre le amparará mi amor.

FONTANARES.—¿Nuevas persecuciones, monseñor? Me llenáis de alegría. Golpeadme cuanto queráis, por cada golpe que reciba caerán mil sobre esa mujer. Ella lo ha dicho. Adelante.

ESCENA XVIII

Dichos, QUINOLA

QUINOLA.—¡Señor!

FONTANARES.—¿Quieres tú también hacerme traición?

QUINOLA.—Monipodio navega hacia el Africa con anillos en pies y manos.

FONTANARES.—¿Y bien?

QUINOLA.—Con apariencias de robaros, construimos los dos una máquina igual á la vuestra, en un sótano.

FONTANARES.—Ah! junto á un amigo verdadero no hay desesperación posible. (*Abraza á Quinola—A don Fregoso*) Monseñor, escribid al rey, construid en el puerto un anfiteatro para doscientas mil personas; dentro de diez días cumpliré mi palabra, y España entera verá andar un buque por medio del vapor, contra las olas y el viento. Esperaré una tempestad para domarla.

FAUSTINA.—(*A Quinola*) ¿Has construido una..?
QUINOLA.—No, señora, he fabricado dos, por lo que pudiera suceder.

FAUSTINA.—¿Qué demonio te ha ayudado?

QUINOLA.—Los tres hijos de Job: Silencio, paciencia y constancia.

ESCENA XIX

FAUSTINA, D. FREGOSO

FREGOSO.—(*Aparte*). ¡La odio y la amo siempre!

FAUSTINA.—Quiero vengarme. ¿Me ayudaréis?

FREGOSO.—Sí, lo perderemos.

FAUSTINA.—Vos sí que me amáis.

FREGOSO.—Ay! Después de esto ¿podéis ser marquesa de Fregoso?

FAUSTINA.—Oh! si lo quisiera...

FREGOSO.—De mí puedo disponer, pero de mis antepasados jamás.

FAUSTINA.—¿Y llamais á eso amor? Quedad con Dios. Me vengaré sola.

FREGOSO.—¡Querida Faustina!

FAUSTINA.—¿Querida?

FREGOSO.—Oh! muy querida ahora y siempre. Desde este momento sólo queda de don Fregoso un pobre anciano á quien, por desgracia, vengará ese terrible obrero. Mi vida ha concluido. No me devolváis los cuadros que con tanto placer os ofrecí. (*Aparte*) Pronto necesitará de ellos. (*Alto*) Os recordarán un hombre de quien os burlásteis, pero que lo sabía y os perdonaba, porque en su amor había también algo del afecto paternal.

FAUSTINA.—Si no estuviese furiosa, me enter-

neceriais, don Fregoso; pero hay que ser oportuno hasta para hacer llorar.

FREGOSO.—Siempre lo habré hecho todo mal, hasta mi testamento.

FAUSTINA.—Pues bien, si yo no amase, amigo mío, vuestro tierno adiós os valdría mi mano y mi corazón; porque, sabedlo bien, aun puedo ser una mujer digna.

FREGOSO.—¡Oh! seguid ese noble impulso; no os dejéis arrastrar ciegamente á un abismo.

FAUSTINA.—Ya véis que puedo ser siempre marquesa de Fregoso. (*Sale riendo.*)

ESCENA XX

DON FREGOSO, solo.

Razón tienen los viejos de no tener corazón.

TELÓN



ACTO QUINTO

Terraza de las Casas Consistoriales de Barcelona, en cuyos alrededores se ven pabellones. La terraza da al mar, y termina con un balcón que figura estar en el fondo de la escena. Se ve el mar y los mástiles del buque que está en el puerto. Se entra por la derecha y por la izquierda.

A la derecha, un gran sillón, sillas y una mesa. Se oye el ruido de las aclamaciones de una multitud inmensa. Faustina mira, apoyada en el balcón, el buque de FONTANARES. A la izquierda está LOTHUNDIAZ lleno de estupefacción. A la derecha está don FREGOSO con el secretario que ha redactado el juicio verbal del experimento. El gran inquisidor se halla en medio de la escena.

ESCENA PRIMERA

LOTHUNDIAZ, el GRAN INQUISIDOR, DON FREGOSO.

FREGOSO.—¡Estoy perdido, arruinado, deshonorado! Si voy á postrarme á los pies del rey lo hallaré implacable.

LOTHUNDIAZ.—¡A qué precio he comprado la nobleza! Mi hijo ha muerto en Flandes, en una emboscada, y mi hija se muere; su